



Estándares versus Excelencia Educativa



Luis M. Santiago Torres
Director
Depto. de Quejas y Agravios FMPR

El Departamento de Educación no adopta la política de los nuevos estándares educativos luego de una profunda discusión participativa. Se apresuraron a implantar los mismos, debido a que reglamentaciones y leyes federales se lo exigían. Acatan, como siempre, lo que sea, en búsqueda de dólares, sin valorar su pertinencia para la educación puertorriqueña.

Lo triste del caso es que el DE se convirtió en cómplice de la absurda teoría de que la raíz del fracaso de la educación "americana" reside en el hecho de que las exigencias académicas y de conducta no son lo suficientemente altas y rigurosas. Ante esto, la estrategia de la clase dominante es: aumentar las exigencias, incrementar la ejecución del alumno, lograr mayor dominio de las destrezas y... ¡se salva el sistema de educación! La empresa privada tendrá a su servicio los nuevos cuadros. Misión cumplida. Cualquier semejanza con viejas tesis trasnochadas que apuntaban a señalar a los pobres como únicos causantes de sus males; producto de la vagancia, falta de respeto, baja auto-estima y extrema flexibilidad de un sistema benefactor, no es pura coincidencia.

Para las autoridades escolares el mal reside en metas y estándares laxos. ¿Qué no quieren reconocer? Entre otras, las limitaciones materiales imperantes, en las escuelas. Trabajamos en un sistema que sueña con una computadora para cada estudiante, pero no puede garantizar papel sanitario en los baños. Esta "innovación" borra de un plumazo los desniveles de aprendizaje que tienen los estudiantes. Todos aprenden por igual y deben alcanzar so pena de fracaso unos estándares elaborados por alguien demasiado lejos de su realidad cotidiana.

La política de los estándares es a su vez monolítica. Pretende uniformar todo el sistema bajo pautas preestablecidas. Todos bailarían al son de la oficialidad. Se busca un currículo igual bajo unas metas equiparadas por otros. Hace completa abstracción de ubicación geográfica, recursos disponibles, intereses particulares, entre muchos otros factores.

Debemos preguntarnos: ¿Quiénes y por qué se escogen ciertos estándares por encima de otros? ¿Quiénes determinan y con qué propósito lo que se debe aprender? El siguiente ejemplo puede ayudar a comprender mejor la complejidad de este asunto. Una maestra de español, luego de una profunda discusión colectiva con sus estudiantes, aprendió que la preocupación mayor de éstos era la crisis social que sufre la nación. La preocupación es legítima, uno de los alumnos había sido asesinado semanas previas en una esquina de la comunidad. La maestra abordaba el delicado asunto

sugiriéndoles a los estudiantes la posibilidad de analizar en conjunto, diversas creaciones literarias modernas que retratan lo vivido. La profesora posiblemente "se desvió" de la gramática estructural que tenía que "cubrir" en vísperas de una prueba; que era tan necesaria y pertinente para lograr los anhelados "estándares de excelencia".

Este asunto nos permite recordar que existe una alta relación entre los promulgados estándares académicos y las tradicionales pruebas normalizadas. En algún lugar del universo, alguien elabora ciertos estándares educativos que considera de excelencia, se reúne a una facultad y se le expresa que las pruebas de mayo que "vienen del Departamento" serán basadas en los estándares educativos que todo estudiante tiene que dominar, luego se "sugiere" que el tiempo mayor debe dedicarse a garantizar que todo estudiante domine lo señalado para que la "escuela quede bien". Estándares preconcebidos, currículo inflexible, pruebas normalizadas.

En fin, aquellos que hacen hincapié en la meta, muchas veces lo que persiguen es obviar una de las interrogantes pedagógicas fundamentales de nuestro tiempo. ¿Para qué enseñar? ¿Cómo enseñar?

Los sectores dominantes proclaman que el problema mayor de la educación es la falta de exigencias y rigurosidad, de forma discreta están afirmando que el mal reside en el estudiante y el maestro.